

Una relación por correspondencia

H. Javier Marquín

–Creo que no tendría que haber venido –dijo Coindre en tono compungido.

–Usted no puede faltar, es el jefe –respondió el Padre Chevallon, un joven sacerdote de rostro moreno y piel curtida que conocía muy bien a su amigo Coindre por haber sido camaradas en el seminario de San Ireneo de Lyon y entrar después, casi al mismo tiempo, en la sociedad de misioneros de la Cruz de Jesús, conocidos popularmente como los misioneros de la cartuja de Lyon.

El problema del que hablaba Coindre es que había abandonado Lyon solo un mes después de la fundación de su pequeña congregación. Los dos sacerdotes, junto con otros dos compañeros, acababan de llegar esa misma tarde a predicar la misión de Saint-Didier-sur-Rochefort, un pueblo de unos 1.500 habitantes situado a unos noventa kilómetros de Lyon. El viaje en la diligencia había transcurrido sin mayores incidentes, atravesando conjuntos de bosques de abetos y hayedos, y una sucesión de praderas donde se veía pastar en libertad el abundante ganado que se criaba en la región, sobre todo caballos y vacas.

Ya se habían instalado en la casa que la parroquia había acondicionado para los sacerdotes misioneros. Se trataba de una especie de residencia municipal destinada a acoger a distintos tipos de gente que cada cierto tiempo aparecía por el pueblo: funcionarios que elaboraban censos, recaudadores en busca de nuevos contribuyentes, o sacerdotes en misión. Por esta circunstancia, por ser casa de paso, las estancias aparecían un poco desangeladas, como si los propios muebles todavía no se hubieran acostumbrado a la soledad.

Los padres Coindre y Chevallon, que como decimos ya se conocían de mil batallas y habían predicado juntos muchas misiones, acababan de dejar su equipaje en las respectivas habitaciones y ya estaban en la cocina de la casa, sentados en la gran mesa de madera vieja y ante unas enormes tazas de té caliente que les había servido la señora, una vecina del pueblo que se había ofrecido para trabajar de cocinera el mes entero que iba a durar la misión.

–Los días aquí se me van a hacer años y las semanas siglos –continúo Coindre lamentándose–, no hago más que pensar en todos los problemas con los que se van a encontrar el Hermano Borgia, y yo voy a estar aquí sin poder ayudar en nada.

–No se preocupe tanto Coindre –dijo Chevallon con una sonrisa tranquilizadora–. Conozco al Hermano Borgia y es un hombre



con experiencia y criterio para resolver cualquier situación, como si estuviera usted mismo.

–Eso le he dicho en la carta que le acabo de escribir –respondió Coindre–, que obre según su criterio y en caso de duda consulte con mi hermano, y que no haga nada que sepa que no va a ser de mi agrado.

–¡Pero cómo es posible! –dijo admirado Chevallon– ¿Ya le he mandado una carta al hermano Borgia? ¡Si acabamos de llegar!

–Es que estoy muy preocupado y, la verdad, he escrito la carta, pero todavía no la he enviado –se levantó el Padre Coindre para ir a tomar un terrón de azúcar de un pequeño cofre de madera junto a la cocina de leña, que ardía en aquel momento–. Aquí estamos en el fin del mundo, al menos en cuanto al correo se refiere. Me han dicho que las cartas puede tardar en llegar desde Lyon hasta diez días.. Menos mal que conozco un conductor de diligencias que nos puede hacer llegar el correo en una semana.

–Le repito, estoy seguro de que no tiene usted por qué preocuparse –dijo Chevallon sorbiendo un poco de té–. Tiene usted al Hermano Borgia al frente de la casa y el Hermano Javier se ocupa de los talleres, así que los aspectos más importantes, como son la administración y el cuidado de los chicos, los tiene usted prácticamente asegurados.

–Me gustaría que así fuera –dijo Coindre– pero hay algunos aspectos que me preocupan...

–Por ejemplo... –interrumpió Chevallon para animar a su amigo a continuar.

–Lo más importantes son los hermanos –comenzó Coindre con convicción–. Hay una cosa que está por encima de todo: los hermanos tienen que ser conscientes de su absoluta dependencia de Dios. De nada les sirven sus trabajos, sus empleos, si no comprenden que se han hecho religiosos únicamente para servir a Dios.



–De acuerdo –dijo Chevallon, que quería indagar un poco más en la opinión del Padre Coindre sobre el tema–, pero usted ha creado una congregación de hermanos, no una comunidad de cartujos contemplativos. También es esencial el cuidado de los talleres, el amor por los chicos, el cumplimiento de las reglas

–No niego que esas cosas no sean importantes –dijo Coindre con pasión, como si quisiera reafirmar sus pensamientos más profundos–, pero si el amor de Dios no es el principal motor de sus vidas, ni el hermano ni la congregación van a llegar muy lejos. Solo desde el amor de Dios, los hermanos pueden cuidar de la educación de los chicos y ser los referentes que los muchachos necesitan para entender que los valores del reino de los cielos están ya presentes en la tierra. Siempre les

pregunto a los nuevos aspirantes: ¿quiere usted hacerse religioso en esta pequeña congregación para servir a Dios y entregarse a la educación de los jóvenes? Y recalco que lo primero es servir a Dios.

Chevallon escuchaba atentamente, sin dejar de dar de vez en cuando ligeros sorbos a la taza de té que tenía entre las manos. La mujer campesina había ido dejando recipientes encima de la cocina y ya se notaba el olor inconfundible de la sopa de ajo que se estaba cocinando para la cena en uno de los pucheros. El ambiente era cálido y acogedor, lo que invitaba a no detener aquella conversación entre amigos.

—¿Cómo hace para que en su congregación, que no tiene ni siquiera un mes, ya haya varios aspirantes? —preguntó Chevallon con admiración, aunque ya conocía el celo y el trabajo inagotable de su amigo.

—Lo primero, es preciso escuchar a los jóvenes y, cuando se ve una ocasión propicia, proponerles este estilo de vida —explicó Coindre con convencimiento—. Muchas veces los sacerdotes y religiosos no somos capaces de invitar porque pensamos que vamos a defraudar a esos jóvenes. Esto es un error, porque Dios nunca defrauda. Ahora mismo tengo un chico de Merle y otro de Bas que están muy dispuestos a comenzar el noviciado.

—Pero después es preciso una buena formación... —dejó caer Chevallon, conociendo la escasez de medios que tenía la nueva congregación en su única casa del Piadoso Socorro.

—Ya sé por donde va —respondió Coindre con un guiño de complicidad—, pero soy optimista también con respecto a esto. En la carta le digo al Hermano Borgia que en cuanto tengamos los suficientes aspirantes, me gustaría separarlos del grupo de alumnos externos. El aspirante a religioso necesita apartarse temporalmente del mundo, entender que su estilo de vida nada tiene que ver con los de sus contemporáneos, como tampoco sus futuros compromisos de castidad, pobreza y obediencia. En definitiva lo que ya dice San Juan, “estar en el mundo pero sin ser del mundo”.

En ese momento entraban los jóvenes sacerdotes que iban a acompañar en la misión a nuestros dos protagonistas. Eran los padres Cantal y Goubier. La cena ya estaba lista, por lo que Coindre y Chevallon se levantaron para ayudar a poner la mesa. Pero cuando Coindre se disponía a alinear los pobres cubiertos, su mente seguía volando a los telares del Piadoso Socorro donde había dejado solos a sus nuevos hermanos. “Tengo que escribir al menos una vez cada semana” se dijo con convicción, y se sentó para compartir cena y risas con sus amigos.